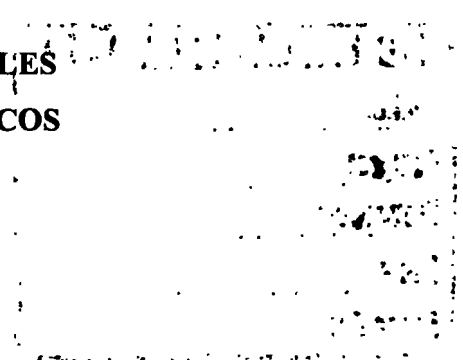


**FACULTAD LATINOAMERICANA DE CIENCIAS SOCIALES**

**SEDE ECUADOR**

**MAESTRÍA EN CIENCIAS SOCIALES**

**PROGRAMA DE ESTUDIOS ÉTNICOS**



**TESIS**

**MEMORIA E IDENTIDAD DE LAS VENDEDORAS KICHWA Y MESTIZAS  
DEL MERCADO DE SAN ROQUE EN LA CIUDAD DE QUITO.**

**CLORINDA CUMINAO ROJO**

**DIRECTOR DE TESIS: EDUARDO KINGMAN GARCÉS**

**PROFESORAS LECTORAS: CARMEN MARTINEZ NOVO**

**LORETO REBOLLEDO**

**QUITO, JUNIO, 2006**

## AGRADECIMIENTOS

De manera especial agradezco a cada una de las vendedoras por la confianza depositada, que con seriedad y alegría estuvieron dispuestas a conversar y entregar sus historias, experiencias, conocimientos y puntos de vistas, sin esta fundamental colaboración no hubiese podido realizar dicha investigación.

Mis agradecimientos al director de tesis Eduardo Kingman, quien estuvo permanentemente orientando el trabajo de investigación, especialmente por el interés en escuchar, apoyar mis ideas y sus aportes por mejorarlas.

A las profesoras lectoras, Carmen Martínez Novo por sus agudos comentarios y correcciones que me permitieron pensar otros aspectos referentes al tema. A Loreto Rebolledo por sus detalladas correcciones y orientación en el tratamiento de los capítulos, sobre todo por estimular las principales ideas que sustentan esta investigación.

Igualmente mi gratitud a Mercedes Prieto por facilitarme y sugerirme bibliografía especializada y sus valiosos comentarios. A Fernando García por los libros prestados y por las conversaciones sobre la tesis.

A mis compañeros del taller de tesis, Patricio, Eugenia, Alfredo y Alonso por sus constantes reflexiones y comentarios al proyecto y los borradores. En especial a Eugenia (Chaska) que un día me acompañó a recorrer Quito y me decidí a estudiar el mercado.

No puedo dejar de agradecer a mis amistades que estuvieron a mi lado durante la permanencia en Quito me refiero Alejandra Flores, Andrea Pequeño, Zoila Saravino, Yeaneth Chango y José Barrionuevo que apoyaron la investigación con sus conversaciones, ideas y también facilitaron algunos contactos con las vendedoras.

También a la Dirección de Comercialización del Distrito Metropolitano de Quito por facilitarme los informes del nuevo sistema de comercialización y remodelación para la ciudad de Quito.

Finalmente, de forma emotiva dedico la tesis a mi padre, tías y tíos mapuche que en la venta callejera han dejado parte de sus vidas.

## ÍNDICE

<b>RESUMEN.....</b>	<b>5</b>
<b>CAPITULO I</b>	
<b>INTRODUCCIÓN.....</b>	<b>7</b>
El Problema de Investigación .....	8
Metodología .....	9
La Discusión Teórica .....	11
Presentación de los Capítulos.....	17
<b>MAPA DEL MERCADO DE SAN ROQUE .....</b>	<b>19</b>
<b>CAPÍTULO II</b>	
<b>2. ANTECEDENTES HISTÓRICOS</b>	
<b>QUITO Y EL MERCADO DE SAN ROQUE .....</b>	<b>20</b>
2.1 Quito y la Presencia indígena y Mestiza en Actividades de Intercambio .....	20
2.2 La Ciudad, las Vendedoras y el Mercado .....	33
2.3 El Mercado de San Roque a partir de la Memoria de las Vendedoras.....	36
<b>CAPÍTULO III</b>	
<b>3. EL MERCADO DE SAN ROQUE A TRAVÉS DE LOS RELATOS DE MIGRACIÓN: RECORRIDOS DE IDENTIDADES DE LAS VENDEDORAS.....</b>	<b>42</b>
3.1 Memoria, Migración y el Recorrido de Identidades.....	43
3.2 Identidad y Espacio Femenino.....	51
3.3 Aprendizajes y Adaptaciones Ciudadinas .....	57
<b>CAPÍTULO IV</b>	
<b>4. RELACIONES INTERÉTNICAS Y JUEGOS DE PODER .....</b>	<b>68</b>
4.1 Las Relaciones Interétnicas en los Distintos Espacios del Mercado.....	71
4.2 Fiestas y Devociones .....	76
4.3 Las Asociaciones, los Prestamistas y los Clientes .....	78
4.4 Los Juegos de Poder al Interior del Mercado .....	80
4.5 Discriminación y Exclusión: Las Rodeadoras .....	83
4.6 El Control y la Supervisión .....	84

## **CAPÍTULO V**

<b>5. EL MERCADO COMO MICROCOSMOS .....</b>	<b>86</b>
5.1 Concepciones del Mercado.....	86
5.2 Percepciones sobre la Modernización y las Nuevas Disposiciones del Municipio de Quito .....	92
5.3 Las Perspectivas Futuras de las Vendedoras.....	97

## **CAPÍTULO VI**

<b>CONCLUSIONES.....</b>	<b>101</b>
<b>ANEXOS .....</b>	<b>107</b>
<b>BIBLIOGRAFÍA .....</b>	<b>108</b>



**Rodeadoras del Mercado de San Roque**

## RESUMEN

La presente tesis es un trabajo de investigación en torno a las mujeres kichwa y mestizas que trabajan vendiendo en el mercado de San Roque en la ciudad de Quito. Teniendo como temática central el proceso de la construcción de identidades en contextos urbanos y específicamente del mercado. Para esto se recurrió a la memoria de las vendedoras; sus recuerdos y relatos han permitido construir las ideas centrales que sustentan la tesis.

Para contextualizar el surgimiento de las actividades del mercado y la participación de las mujeres, se aborda el proceso histórico de la ciudad de Quito, para destacar aquellos antecedentes que evidencian el surgimiento de los mercados desde el tiempo Inka, durante la colonia y la república bajo la forma de tiánguez, que se caracterizaban por la alta presencia de mujeres indígenas y mestizas. Esta situación permanece en la actualidad en el mercado de San Roque y constituye el principal rasgo de identidad del mercado.

Por otra parte, la mayoría de las vendedoras entrevistadas son migrantes recientes, especialmente en el caso de las mujeres kichwa; de esta forma los relatos surgen desde la experiencia de la migración, donde ellas traen consigo una serie de patrones culturales que los reproducen en la ciudad, pero también son readecuados y reformulados en el contexto ciudadano. En este proceso se articulan las identidades de género, étnica y de clase, las cuales crean similitudes y diferencias entre las vendedoras kichwa y mestizas. Las similitudes surgen desde el género; todas ellas se sacrifican por la familia a la vez que recrean los lazos familiares. La transmisión de opiniones y conocimientos se da entre mujeres y el mercado es percibido como un lugar de mayor “libertad” para disponer de tiempo libre y poder trabajar y a la vez cuidar a los niños. Para algunas de ellas el mercado se presenta como una segunda casa, y el mercado surge como una extensión del espacio doméstico combinado simultáneamente con el público, debido al accionar de las mujeres.

Las diferencias se dan principalmente por aspectos de etnicidad y de clase. Lo étnico aparece como un marcador tanto de identidad como de soporte social que se manifiesta en el uso del idioma indígena, las vestimentas tradicionales, los lazos de parentesco y la discriminación excluyente cuando las vendedoras son tratadas como inferiores o calificadas despectivamente de “Indias Marías”.

La condición de clase establece diferencias entre las vendedoras indígenas y mestizas, porque el mercado constituye un lugar estratificado social, económica y culturalmente, donde lo popular y lo indígena construyen el mercado. De este modo, las principales diferencias surgen por las concisiones económicas, nivel educacional, prestigio social y acceso a los productos para vender.

En síntesis, en todo este proceso la construcción de identidad a través de los aprendizajes ciudadanos repercuten en la vida cotidiana de las vendedoras kichwa y mestizas; les llevan a desarrollar estrategias y tácticas que les permiten sobrevivir y mantenerse en el mercado.

También el mercado constituye un escenario de relaciones interétnicas y de juegos de poder que se manifiesta en distintos espacios del mercado, como son las asociaciones, las ceremonias religiosas y festividades. Los juegos de poder en el mercado se pueden apreciar en los conflictos y consensos que mantienen las vendedoras kichwa y mestizas con puestos estables, también la situación de marginalidad y exclusión en que se encuentran las “rodeadoras” que son mujeres en su mayoría indígenas que venden de forma ambulante en los márgenes del mercado. Los conflictos surgen principalmente por el uso de los espacios; la competencia por las ventas y por ciertas disposiciones municipales que las desfavorecen. Los consensos aparecen en la organización de actividades que tienen relación con aspectos religiosos, sociales y culturales. De este modo, el mercado surge como microcosmos, un mundo complejo donde ocurren una serie de interrelaciones que según las percepciones de algunas vendedoras significa sólo un lugar de trabajo, en cambio para otras un lugar donde se comparte y se realizan distintas experiencias. Las percepciones que manejan las vendedoras sobre la modernización del mercado y las nuevas disposiciones del Municipio, son ambiguas y existe desinformación, por esta razón surgen diversas opiniones que van desde que el mercado se terminará y quedaran sin trabajo, que las reubicaran en otro lugar, o que el mercado sólo será remodelado. En este sentido, lo único que esperan y proponen es que la modernización resulte lo más beneficioso para ellas.

## CAPITULO I

### INTRODUCCIÓN

El barrio de San Roque se ubica en el centro occidente de Quito, se caracteriza por ser un barrio popular de artesanos, albañiles e indígenas, este lugar se ha ido consolidando en el tiempo y entre sus edificaciones se encuentran la iglesia de San Roque, el Penal García Moreno y el famoso Mercado de San Roque, lugar que constituye uno de los más antiguos mercados en Quito. La memoria reciente muestra que en este barrio comenzaron a llegar indígenas migrantes aproximadamente durante la década de los años 60 y 70, en busca de nuevas expectativas laborales en la ciudad. De esta manera, el barrio de San Roque comenzó a recibir un buen porcentaje de población indígena y mestiza proveniente principalmente de la provincia de Chimborazo y específicamente Riobamba. Una vez en la ciudad es en el Mercado, donde encuentran un espacio para trabajar; en el caso de los hombres principalmente como cargadores o vendedores y las mujeres como vendedoras, ya sea en puestos fijos o de forma ambulante.

Con el transcurso del tiempo el mercado comienza a configurarse como un microcosmos: para muchos un espacio indio, pero también un lugar en el cual confluyen distintas etnias: mestizas, negras, etc, es decir un "lugar mezclado" o mejor dicho un espacio intercultural de orígenes diversos, en el que se comparten costumbres populares en común.

En la actualidad el Mercado de San Roque, es un espacio público dedicado a la venta de una serie de mercancías que van desde verduras, ropa, enseres populares y hasta todo tipo de muebles. Este lugar es visitado por diversas personas o mejor dicho clientes en busca de algún producto, lo que provoca una variedad de relaciones, tales como transacciones, mercantiles y sociales.

Son diversas las razones que hacen del mercado un escenario interesante de investigar, sin embargo el interés de la tesis se dirige especialmente a las relaciones sociales y la configuración de las identidades. Para este caso el lugar físico donde se centró la investigación fueron los niveles en los cuales se venden frutas, verduras, abarrotes y artesanías; también en las plataformas que se ubican por detrás del mercado y que tienen puestos fijos, para terminar en la larga fila de puestos estables



y provisorios que se ubican por la calle Loja. En estos espacios del mercado la mayoría de los que trabajan son mujeres indígenas y mestizas, por este motivo se puede afirmar que corresponde a un espacio marcado por la presencia femenina, en el cual se entretajan una serie de prácticas y modos de vida. A simple vista el lugar presenta un gran movimiento de transacciones económicas donde las mujeres realizan un trabajo como cualquier otro y bajo ciertas condiciones laborales, pero en su interior ocurren distintas situaciones que van más allá de una simple relación económica. En este sentido, resulta interesante conocer otros aspectos de las vendedoras, principalmente sus relatos acerca de la historia del mercado, situaciones cotidianas que han quedado registradas en la memoria y que son significativas en sus vidas, sobre todo desde acontecimientos que tienen relación con la construcción y representación de las identidades insertas en diferentes situaciones de juegos de poder que se dan en el contexto urbano de la ciudad de Quito.

### **El Problema de la Investigación.**

Por este motivo el principal problema que guiara la investigación de la tesis está relacionado con el proceso de construcción de las identidades de mujeres kichwa y mestizas del Mercado de San Roque. El mismo que se da en una dinámica de tensión entre la tradición y modernidad, específicamente con relación a la modernización y los cambios impulsados por el Municipio de Quito, que constituyen una institucionalización no negociada de la actividad de mercado y que viene desde arriba. Es importante aclarar que la tradición se entenderá como aquella costumbre que se manifiesta en las distintas formas de vender, vestir, relaciones sociales y religiosas que se adaptan o permanecen a los cambios de la modernidad o mejor dicho de la modernización de Quito. Por esta razón tanto la ciudad de Quito como el mercado, son lugares donde se conjugan elementos o situaciones que provienen tanto de la tradición como de la modernidad que no están ajenos a los juegos de poder.

Por otro lado, es interesante pensar al Mercado de San Roque como un microcosmo donde ocurren transacciones económicas insertas en una trama social y cultural que van mucho más allá de relaciones comerciales y de ahí que sea importante preguntarse de qué manera se redefinen las identidades de las vendedoras.

Además cómo inciden en la práctica cotidiana de las vendedoras las diversas situaciones de juegos de poder al interior del mercado.

De esta forma los objetivos generales que guiaron la tesis son los siguientes:

- 1) Conocer los procesos de cambio y redefinición de identidad de las vendedoras kichwa y mestizas del Mercado de San Roque en la ciudad de Quito a partir de la biografía de las mujeres.
- 2) Determinar los juegos de poder al interior del mercado y su incidencia en las prácticas cotidianas de las vendedoras.

Los objetivos específicos:

- Indagar cuáles son los aprendizajes de las vendedoras que les permiten moverse estratégicamente en la ciudad.
- Averiguar las formas en que las identidades de género, étnica y de clase se expresan en la dinámica del Mercado de San Roque.
- Visualizar cómo se dan las relaciones interétnicas en los distintos espacios indígenas y mestizos, adentro y afuera del Mercado.
- Establecer cómo las disposiciones municipales inciden en las prácticas y las percepciones de las vendedoras.

## **Metodología.**

Para esta investigación se utilizó principalmente la metodología cualitativa, considerando que es un instrumento analítico privilegiado para el estudio de los individuos como actores y sujetos sociales, permitiendo comprender los significados culturales, en los cuales se encuentran inmersos.

Por otro lado, es importante señalar que el ejercicio de la práctica metodológica cualitativa no puede estar alejada de los conocimientos teóricos sobre el tema, ya que, es en la teoría, donde sé:

*"...encuentran las claves para desentrañar el significado de las observaciones derivadas de las palabras, narraciones o comportamientos que recoge el investigador" (Tarrés: 2001;12).*

De este modo, la perspectiva cualitativa permite compartir un interés común por observar y escuchar al otro y comprenderlo en su contexto, este interés obliga concebir ciertas concepciones paradigmáticas sobre la naturaleza de la realidad social, de los individuos y por ende las teorías (Ibid). En este sentido es que a través de los relatos de vida de las mujeres kichwa y mestizas del mercado de San Roque, se podría hacer un registro de la historia del mercado, también la configuración de los procesos identitarios al interior de las dinámicas de juegos de poder. Sin embargo, en esta perspectiva hay que tener presente que los relatos de vida son siempre fragmentarios, la reconstrucción completa de una vida es imposible: lo que ocurre es una interpretación de lo ocurrido, donde el protagonista puede ocultar, acomodar o reinventar ciertas circunstancias de su vida. Por esto la biografía no constituye un ejercicio de reconstrucción total y “verdadero” de la vida de un sujeto o en buena medida es un proceso de reconstrucción con múltiples memorias (Piña:1986).

En todo caso, para lograr una mayor confiabilidad de los relatos, se recurrió a los testimonios cruzados: distintas versiones sobre un determinado hecho, situación o experiencia con relación a temas que tienen que ver con la llegada al mercado, la permanencia y los cambios de los puestos, las disposiciones municipales y la modernización del mercado.

Metodológicamente se trabajó con mujeres kichwa y mestizas de distintas edades y lugares de migración que venden en puestos fijos y estables, al interior del mercado, también con mujeres que venden por la calle en puestos provisorios y de forma ambulante. Para el desarrollo de la tesis se realizaron entrevistas en profundidad a 15 personas<sup>1</sup>, considerando también que en el proceso de la investigación se mantuvieron conversaciones informales con un grupo más amplio de vendedores incluyendo hombres y mujeres.

Por último, en la tesis se utilizó la descripción etnográfica, realizada sobre la base de la observación participante, es decir el trabajo de campo, que constituye en un registro minucioso de todos aquellas experiencias y acontecimientos vividos y observados, que la investigación antropológica considera como la;

---

<sup>1</sup> Ver anexo de registro de personas entrevistadas.

“...producción, recogida o captación de datos sobre el terreno”  
(Delgado:1999;145).

Por tal razón, se realizó un registro etnográfico de la vida cotidiana de las mujeres en el mercado y todas aquellas experiencias consideradas importantes para el desarrollo de la tesis, las cuales son discutidas y analizadas desde una perspectiva teórica a partir de diferentes autores.

### **La Discusión Teórica**

Para introducirse a las temáticas en torno al mercado es necesario partir de algunos antecedentes generales relacionados con el contexto y la forma como se utilizaran los conceptos teóricos claves para abordar la tesis. Para comenzar hay que destacar que el comercio tanto formal como informal de los mercados en Quito ha estado sujeto al fenómeno de expansión y crecimiento urbano, situación que se vio reforzada a partir de los años 1960 por procesos de minifundización y la presión demográfica campesina producto de la entrega de los huasipungos y por los procesos posteriores de la crisis en el agro, lo que finalmente produjo un incremento de los flujos migratorios a los centros urbanos preferentemente a Quito. Andrés Guerrero basándose en algunos autores señala que la ausencia de una presión demográfica interna desde las haciendas se explica que;

*"...por la forma de operación del mecanismo de las migraciones, en un área bajo la influencia de Quito y la cadena de ciudades del callejón inTerándino. El notable desajuste entre los niveles de remuneración del trabajo de la hacienda, el poblado y el mercado de trabajo de la ciudad de Quito(...), ha operado como un enérgico sistema de drenaje de población"*  
(Guerrero:1983;46).

Este contexto estaría explicando en parte el incremento de los flujos migratorios desde el ámbito rural, pero además son causas de la migración la atracción de las ciudades y la percepción de la existencia de mejores condiciones salariales para los trabajadores urbanos. El Mercado de San Roque es un lugar integrado preferentemente por migrantes, provenientes de distintas provincias y que se han instalado en la ciudad de Quito, pero también se da una dinámica de personas

que se trasladan temporalmente, ya sea, para visitar a un pariente, asistir a una fiesta, ceremonia tradicional o por transportar mercancías.

En el proceso de traslado del campo a la ciudad es decir, la migración se rompe la separación de lo rural y lo urbano y se ponen en juego o se hace más visible la tensión entre la modernidad y la tradición. Para algunos autores como Harris (1996); Fabián(1983) la definición de lo moderno se encuentra centrada en una cuestión de temporalidad preconcebida que establece una ruptura con el pasado. En cambio para otros, Hubinger (1996); Fukuyama (1992) lo moderno, es un concepto de contenidos ideológicos perteneciente a la sociedad occidental, independiente de una época concreta. En este sentido, la modernidad es entendida como un concepto de la civilización occidental, asociada con una sociedad civil de clase media, consumista y un régimen de democracia como forma predominante de gobierno (Hubinger: 2003).

Por otra parte, la idea de modernidad en Latinoamérica se encuentra expresada en la expansión y crecimiento urbano, sobre todo en las capitales donde se establece un proceso de la modernidad que se institucionaliza por sobre una “tradicción indígena”. Sin embargo, hay que tener presente que la modernidad y la tradición están presentes simultáneamente en la dinámica del mercado, en el sentido que existen diferentes formas de hacer y representar un estado de cosas en un mismo espacio urbano, entre ellos tanto los procesos de la identidad como los procesos de vida, se encuentran mediatizados por la modernidad y la modernización del Mercado.

Otra idea importante para esta investigación es que por lo general en el contexto del sentido común o de las percepciones propias de la civilización industrial occidental, lo moderno está relacionado con lo urbano (ciudad), y lo tradicional con lo rural (campo), creando una de las dicotomías más fuertes de nuestra sociedad, siendo en tiempos pasados uno de los principales objetos del análisis antropológico. En década anteriores, la modernidad y tradición han sido dos fenómenos considerados mutuamente excluyentes (Sahlins:1992). Bajo esta influencia muchos estudios abordan la modernidad separada y en oposición a la tradición o como un lugar, donde prevalece la modernidad como un estado superior y separada de la tradición, en la actualidad esta visión ha sido superada. En tal caso, está por demás decir que esta visión resulta sesgada sobre todo en contextos indígenas en los cuales

formas tradicionales tanto en la cultura material como inmaterial prevalecen junto a otras modernas, las cuales se encuentran insertas en contextos modernos urbanos como también elementos de la modernidad se encuentran en zonas rurales. En el caso del mercado de San Roque se entrecruzan múltiples situaciones, por una parte, es un espacio que debe ser moderno para que vaya acorde con los cambios de la ciudad y por otro lado la mayoría de las personas que trabajan en ese lugar son mestizos e indígenas originarios de zonas rurales, que han trasladado formas y patrones culturales campesinos y tradicionales, pero que en el tránsito hacia la ciudad han experimentado un proceso de adaptación, sobrevivencia y aprendizajes del mundo moderno, en el que necesariamente se han interiorizados códigos culturales modernos.

De esta forma, la visión que entrega Jesús Martín-Barbero sobre la modernidad esta más de acuerdo a la idea de esta investigación, el cual señala que no es un espacio unitario, integrado y coherente, sino híbrido y disparejo. Ante esta situación surge la necesidad de; *"...entender la sinuosa modernidad latinoamericana repensando los modernismos como intentos de intervenir en el cruce de un orden dominante semioligárquico, una economía capitalista semiindustrializada y movimientos sociales semitransformadores."* (Martín-Barbero:2003). Donde la modernidad no es lineal e ineluctable resultado en la cultura de la modernización socioeconómica, sino el entretrejo de múltiples temporalidades y mediaciones sociales, técnicas, políticas y culturales. De tal modo, en la actualidad la modernidad entrecruza contextos urbanos y rurales.

En la dinámica de la modernidad lo que define la identidad, ya no sería el lugar de origen y el barrio, sino un juego de elementos culturales en movimiento resultado de la diversidad de roles (Kingman; Salman:1999). En esta diversidad de elementos se encuentran los nuevos aprendizajes de la ciudad, las relaciones interétnicas y los juegos de poder entendidos como los contextos que influyen en la manera como los sujetos van percibiendo y redefiniendo una identidad que muchas veces se caracteriza por ser múltiple.

Del mismo modo, la identidad se encuentra cruzada por el género, etnia y clase que la configuran y le otorgan ciertas características. Sonia Montecino<sup>1</sup> plantea que,

*“...el tema de la identidad de género restituye un doble movimiento: el de lo particular y el de lo universal; por eso la constitución del si mismo está atravesada por la unicidad y la multiplicidad. Así el sujeto tomará los materiales de su identidad, desde la cultura a la que pertenece; pero también de su clase, de su familia, de los modelos femeninos y masculinos en que ha sido socializado. Por tanto su conformación como sujetos será una experiencia que conjugará elementos singulares, interceptados por variables plurales: Una clase, una cultura”* (Montecino:1996;164-165).

De esta forma dicha relación se encuentra definida tanto por el género, la etnia y la clase social en que se ubican las personas. En la presente tesis se entenderá el género como un concepto que da cuenta de aquellas construcciones culturales de hombres y mujeres que se materializan a través de los roles diferenciados, inserción social, valores y creencias. Las relaciones de género en sociedades específicas y en tiempos históricos concretos, pueden resultar igualitarias, complementarias o subordinadas. (Rebolledo:1996).

Si bien el género se construye a través de diversas interrelaciones entre hombres y mujeres, la presente tesis es una aproximación a la memoria y la identidad de las vendedoras, considerando que el mercado de San Roque durante el transcurso del tiempo se ha caracterizado por ser un espacio de trabajo con mayor presencia femenina y sobre todo de mujeres indígenas.

Por otra parte, para abordar el tema de la identidad étnica resulta necesario tener claro lo que se entiende por etnia. En estos momentos la revisión del concepto de etnia tiene relación con una perspectiva principalmente constructivista, que necesariamente debe estar articulado en una concordancia interactiva y dinámica con otros conceptos subyacentes como por ejemplo, los de nación y ciudadanía (Giménez:2000). Además no se puede olvidar que las colectividades que se definen como étnicas son producto de un largo proceso histórico llamado “eticización”, proceso que tiene como orígenes el colonialismo, expansión europea y los procesos posteriores de subordinación social y cultural generados por el surgimiento de las

---

<sup>1</sup> Antropóloga chilena que ha realizado varios estudios en relación al tema de género y etnia.

repúblicas<sup>2</sup>. En este proceso de etnización están involucrados los pueblos y nacionalidades indígenas. Los procesos de etnicización han implicado una desterritorización, en algunos casos violenta, forzada y otras voluntarias, donde las comunidades indígenas, han perdido mucha de su riqueza patrimonial y se han distorsionado, pero en otros casos resignificado los vínculos físicos, morales y simbólicos con los territorios ancestrales (Giménez:2000).

En el caso de ésta investigación lo étnico será entendido en medio de una dinámica de cambios urbanos. En este sentido, el concepto de etnicidad propuesto por Susana B.C Devalle es el que más se acerca a la perspectiva adoptada en esta tesis; Devalle señala que no se puede;

*“entender la etnicidad si no se considera la intervención de quienes ejercen la dinámica social y de formación de clases, y el desarrollo de conflictos de clase, en los contextos de su articulación con procesos de diferenciación étnica”* (Devalle:2000;40).

En esta perspectiva de análisis, la etnicidad aparece articulada con el género y por la clase social. En el caso concreto del mercado de San Roque, al ser concebido como un microcosmo social, la identidad étnica aparece relacionada con la clase social, ya que dichas relaciones no se dan en un espacio o contexto homogéneo sino en un cruce de relaciones económicas, sociales y culturales diversas. Esta idea denota a un mundo indígena heterogéneo, donde todas las vendedoras kichwa no han tenido las mismas posibilidades, situación que también corresponde a las vendedoras mestizas.

Para introducir el tema de identidad de clase, retomaré algunas ideas del historiador inglés E.P Thompson que define la clase como,

*“un fenómeno histórico que unifica una serie de sucesos dispares y aparentemente desconectados, tanto por lo que se refiere a la materia prima de la experiencia, como a la conciencia.”* (Thompson:1989;XIII).

La clase cobra existencia cuando resulta de las experiencias comunes y compartidas que articulan la identidad y los intereses de unos seres humanos frente a

---

<sup>2</sup> En el surgimiento de los Estados Republicanos hay una tendencia a homogenizar la diversidad cultural y las naciones étnicas que se encuentran bajo la suscripción.



otros, los cuales tienen intereses distintos. En el caso de las vendedoras del Mercado de San Roque, conviene concebir la experiencia de clase no tanto desde una perspectiva puramente económica, sino en aquellas formas culturales en que se expresan las experiencias y relaciones humanas, tradiciones, valores, ocupaciones y relaciones de fuerza que se dan en el transcurso del tiempo, que puede unificar pero también diferenciar. Al respecto Thompson (1984), afirma que simplemente la clase puede definirse como una formación cultural al interior de relaciones sociales, pero finalmente son los hombres y las mujeres que la definen mientras viven su propia historia.

Por otra parte, las percepciones clásicas relacionan la identidad a un lugar de pertenencia o a una actividad, pero desde la perspectiva de esta tesis, resulta más interesante concebir la identidad cultural como aglutinadora, algo que se genera a partir de una multiplicidad de espacios asumidos y apropiados. Al parecer la etnicidad es un eje desde el cual se reelabora y ordena toda nueva experiencia para reasumir la unidad y plantear la cohesión del colectivo. Esto es lo que permite a una población de origen rural o suburbano situarse frente al nuevo contexto urbano. Todas estas ideas nos permiten entender las diferencias frente al otro, y la relación de semejanza y diferencias entre hombres y mujeres que coexisten en la cultura, entendida como una cultura en movimiento (Clifford:1999).

Si bien al interior del mercado de San Roque hay vendedoras indígenas, mestizas y negras que dan pie a todo tipo de relaciones interétnicas, esta tesis sólo se centra en las interrelaciones, experiencias y percepciones de las mujeres kichwa y mestizas. Teniendo presente el vacío que se produce al no considerar en el desarrollo del tema de las relaciones interétnicas a las vendedoras afroecuatorianas que forman parte importante del mundo sociocultural del mercado.

Para introducirse en el tema conviene revisar la connotación de indio y mestizo en el contexto andino del Ecuador, las cuales corresponden a categorías socio- raciales construidas desde los tiempos de la colonia y que permanecen hasta la actualidad. En este contexto es necesario tener presente dos interesantes ideas planteadas por Manuel Espinosa Apolo; La primera se refiere a que las olas de emigrantes que se dirigieron a la ciudad Quito en la primera mitad de siglo XX procedían de las provincias de Pichincha, Cotopaxi e Imbabura, fueron campesinos e

indígenas que por la literatura de la época fueron llamados “longos”, “cholos” y “chagras” (Espinosa: 2003). De este modo, a través de la literatura se fueron representando y reproduciendo estas categorías las cuales comenzaron a ser utilizadas por la sociedad. En este proceso el mestizaje es visto como un cambio cultural al interior de un continuo que va desde lo blanco hacia lo indio, pero donde al interior de este tránsito se construyen matices.

La segunda idea es que la cholificación o blanqueamiento fue un fenómeno urbano que aparece en el marco de la modernización que define el llamado fenómeno de “mestizaje”. Sin embargo, el calificativo “cholo” no pudo librarse de la carga estigmatizadora, por este motivo hacia la segunda mitad del siglo XX el término “mestizo” en Quito fue reforzado cada vez más. De esta forma, en el contexto andino el mestizaje no puede concebirse como una realidad dada o estática (Espinosa:2003). Por otro lado, Marisol de la Cadena (1996) señala que también se dan procesos de mestizaje en el campo, planteando que ocurre un “amestizarse localmente” que consolida un poder y un ascenso étnico, pero además al establecer vínculos con las esferas de poder urbanas a través de una cadena de migración principalmente masculina, donde la relación campo-ciudad se articula en términos étnicos y de género. En el caso del mercado de San Roque la autoidentificación con lo mestizo aparece principalmente como una forma de diferenciarse del indio.

De este modo, se han introducido los aspectos que serán profundizados en cada uno de los capítulos de la tesis.

## **Presentación de los Capítulos.**

A continuación se presentan cada uno de los capítulos con los cuales se organiza este estudio. El primer capítulo corresponde a la parte introductoria, donde se plantea el problema de investigación, objetivos, metodología utilizada y la discusión teórica. En el segundo capítulo se desarrolla el contexto histórico tomando como hitos la fundación de la ciudad de San Francisco de Quito y el surgimiento del barrio de San Roque, para dar cuenta de las actividades de intercambio, lugares destinados para los mercados y los vínculos con el ámbito indígena y de las mujeres. La información histórica se contrasta con documentación

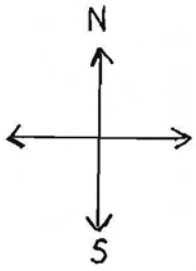
etnográfica a través de testimonios que han quedado registrados en la memoria de las vendedoras.

En el tercer capítulo se abordan los temas de la memoria, migración y las formas en que se articulan las identidades de género, étnica y de clase. Se presenta el recorrido de la desde las comunidades rurales hasta la ciudad y el mercado de San Roque. También los nuevos aprendizajes ciudadanos que repercuten en la identidad y la vida cotidiana de las vendedoras kichwa y mestizas.

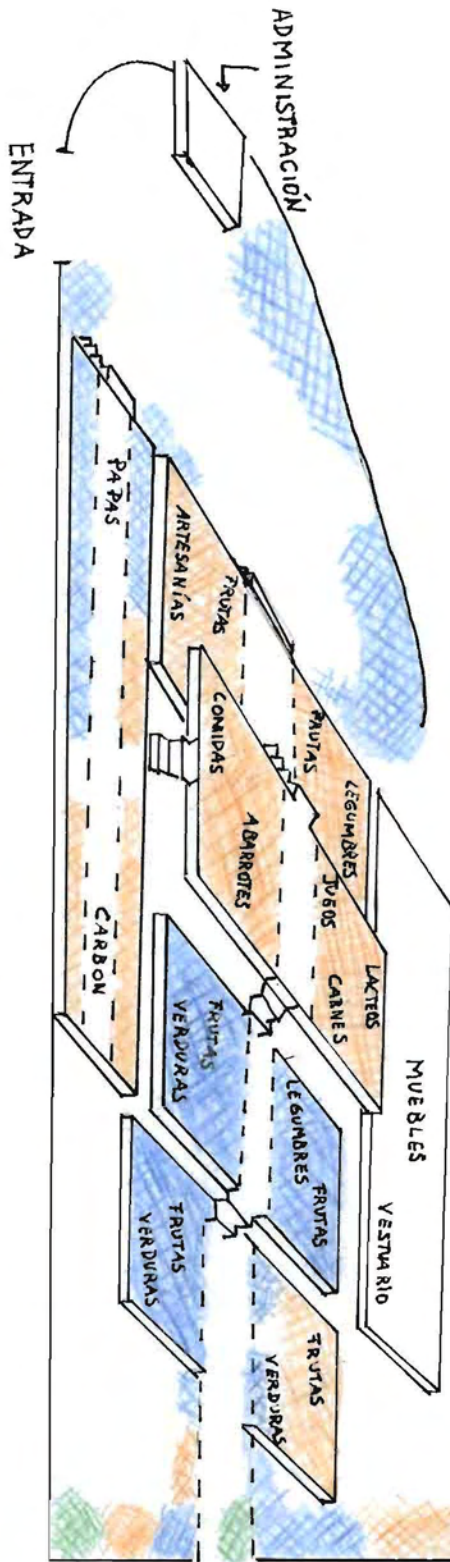
El cuarto capítulo trata acerca de las relaciones interétnicas y juegos de poder en los distintos espacios del mercado a partir de las experiencias de las vendedoras que tienen puestos estables, provisorios en la calle y las “rodeadoras” que venden con canastos de forma ambulante. Y cómo ellas crean ciertas estrategias para mantener su actividad tanto al interior del mercado como en la ciudad de Quito.

El quinto capítulo se refiere al mercado como un microcosmos, concebido a partir de las concepciones que tienen las propias vendedoras acerca del mercado, principalmente como un “lugar de vida”. También las percepciones que poseen ellas sobre la modernización del mercado y las nuevas disposiciones del Municipio, considerando las formas organizativas que intervienen como es el caso de las asociaciones. Del mismo modo, se desarrollan algunas ideas que tienen relación con las perspectivas futuras de las vendedoras.

Finalmente, sólo queda agregar que tanto en la introducción como en cada uno de los capítulos de la tesis se contrasta el trabajo teórico con la práctica de campo que son fundamentales para llevar a cabo cualquier investigación.



MAPA DEL MERCADO DE SAN ROQUE.



OCUPACIÓN DEL ESPACIO  
POR LAS VENDEDORAS :

- KICHWA
- MESTIZAS
- INDÍGENAS "RODEADORAS"
- NEGRAS

CALLE

LOJA

## **CAPÍTULO II**

### **ANTECEDENTES HISTÓRICOS**

#### **QUITO Y EL MERCADO DE SAN ROQUE.**

En este capítulo se aborda el contexto histórico de la ciudad de Quito, para comprender el proceso en que se fueron configurando los diferentes barrios, la ocupación y delimitación del espacio, el uso del suelo, también el surgimiento de las actividades de mercado y la inserción de los indígenas especialmente las mujeres en dicha actividad. En esta perspectiva resulta necesario considerar algunos antecedentes de la historia de la ciudad de Quito, principalmente aquellos que se encuentran directamente relacionados con la configuración espacial, económica y social de los sectores indígenas y mestizos que caracterizan y otorgan identidad al barrio y al Mercado de San Roque. Igualmente el surgimiento de los proyectos con los cuales se piensa organizar la ciudad, como la idea de Centro Histórico y sus efectos en la actualidad.

También en este capítulo se abordará las historias del mercado a partir de los testimonios biográficos de las vendedoras, centrándose principalmente en las distintas situaciones cotidianas que han vivido al interior de éste.

#### **2.1 Quito y la Presencia Indígena y Mestiza en Actividades de Intercambio.**

Para comenzar este capítulo es necesario hacer referencia a la presencia indígena en Quito en años anteriores a la colonia, considerando que el actual mercado de San Roque, en la concepción popular es considerado como un “mercado indio”.

El periodo anterior a la colonia según Galo Ramón (1992) constituye el Quito aborigen, contexto que no ha sido tomado en cuenta al punto que la ciudad colonial aparece como una realización puramente europea. Algunos antecedentes a cerca de la ocupación del “espacio de Quito” surgen a partir de lo encontrado por los incas cuando llegaron al lugar. Al respecto la historiografía ecuatoriana menciona varias respuestas; una de ellas es que Quito era la cabeza del reino de los Shyris cuya capital fue el núcleo de la ciudad colonial. También que constituía una unidad socio-

política compuesta por “los Quitus”, “Quilacos” o “Panzaleos”. Por último, que en la hoya de Quito existían diversos señoríos políticamente no unificados pero con afinidades culturales que crearon un importante centro de inter-regional de intercambio económico en el lugar que posteriormente fue la ciudad colonial (Ramón: 1992). Con el correr del tiempo Quito se fue transformando en un lugar estratégico para el desarrollo del intercambio de productos provenientes de diversas zonas.

La presencia incaica en la región de Quito marco transformaciones en los señoríos indígenas, tales como; una organización de señoríos autosuficientes sobre la base de un control de pisos y nichos ecológicos. Los incas aspiraban que los señores étnicos se convirtieran de redistribuidores en administradores locales del Tahuantinsuyo, esta situación provoco un cambio en el rol que tenían los señores étnicos lo que repercutió al momento de establecer las relaciones sociales con los aliados, debido a que privilegiaba la posición de algunos de ellos, creando centros hegemónicos (Ibid). También los incas buscaban imponer un sistema cultural especialmente a través de una lengua franca, situación que para Salomón (1978) provoco una “quechuización” o “incanización” principalmente en términos culturales.

Lo que movió a los incas por estar en Quito fue un interés táctico y estratégico, el cual giraba en función del imperio y que se dio en un contexto de colaboración, tensión y conflicto. Los intereses estaban conectados con el papel que cumplía en el aspecto simbólico, económico y político. En lo económico constituía un centro de intercambio a través del tianguis (lugar para el mercadeo); desde la perspectiva simbólica un centro de convergencia de los señores serranos, amazónicos y de la región yumbo en el occidente; y en lo político un centro de articulación que permitiría el salto de señorío y confederación a la construcción de un estado (Ramón:1992). Por las connotaciones que va adquiriendo Quito se perfila como un centro de atracción de varios grupos humanos, debido a las condiciones y características que se le van atribuyendo.

De esta forma, la presencia indígena en Quito es antigua y se encuentra relacionada con la actividad destinada al intercambio y el mercadeo. En este contexto la historia del Mercado de San Roque, se encuentra inserta en el proceso histórico de

la ciudad de Quito, que tiene entre sus características el funcionamiento de mercados. El 28 de agosto de 1534 se funda la villa de San Francisco de Quito, pero el 6 de diciembre Benalcázar se posesiona del cabildo y se señalan los límites de la villa. El lugar donde comenzó a edificarse la ciudad española, tenía una amplia historia de ocupación indígena, cuando ocurrió la conquista constituía un pueblo de indios. En 1541 se elevó a la categoría de ciudad (Ortiz:1989). La avanzada de la conquista española se realizó a través de la fundación de ciudades, con este proceso se fue ganando y ocupando el territorio, y se consolidó la presencia española.

Durante el siglo XVI en la Audiencia de Quito se producen diferentes procesos migratorios que involucran a la población indígena, entre los cuales se identifican tres tendencias principales, una dispersión inicial hacia las áreas marginales provocada por la acción española durante los años 1534-1560; la reconcentración de población indígena en la sierra central y nor-central resultado de migraciones espontáneas y planificadas por los líderes indígenas entre los años 1560 – 1590; los intercambios intra – serranos de población a consecuencia del despojo de tierras de los alrededores de la ciudad de Quito ocurrida durante los años 1580-1620 (Powers:1994). De este modo, se articulan tres fenómenos en la configuración de la ciudad; dispersión demográfica, la reconcentración y el intercambio (Ibid).

En este proceso se configuran espacios dedicados para el mercadeo son las mujeres las figuras más visibles, lo que va perfilando una mayor feminización de dicha actividad. Un dato interesante es el que menciona Karen Powers cuando se refiere que un importante número de mujeres indígenas abandonan las comunidades tanto voluntariamente y forzadamente para ir a trabajar a la ciudad de Quito como empleadas domésticas. Por otra parte, plantea que a finales del siglo XVII ocurrió un verdadero éxodo de las comunidades indígenas. La migración masiva de indígenas tenía como principal objetivo el escapar del yugo español, al dejar las comunidades de origen se convertían en forasteros quedando exentos de pagar tributos y de la mita, debido a la imposibilidad de tener acceso formal a las tierras comunales. (Powers:1994). Esta situación permitió que ocurriera una gran movilidad indígena que destruyó las formas españolas con las cuales se pensaba organizar el sistema de tributos. Algunas crónicas señalan que en la colonia y el siglo XIX los llamados “indios forasteros” vivían en los espacios urbanos andinos realizando actividades de

mercadeo, servicios y actividades artesanales (Kingman:1998). En estas actividades las mujeres kichwa y mestizas fueron dedicando gran parte del tiempo a las labores de venta informal y servicio doméstico.

Volviendo al tema de antigua presencia indígena en la ciudad de Quito, algunos antecedentes indican como principal problema del desarrollo de la ciudad, fue la articulación del modelo prescrito de la ciudad hispana, que se impuso sobre un asentamiento, que constituía en ese tiempo un señorío indígena. Esta situación marcaría la trayectoria de Quito, que estaría determinada por una tensión impuesta por los poderes coloniales que inspiró una lógica separatista que contemplaba una “república de indios” y otra “república de españoles”, este sistema fue reproduciendo una confluencia conflictiva y contradictoria entre ambos mundos, además la reproducción de un orden e ideal urbano deseado (Terán:1992). La ciudad es pensada que un determinado modo que excluye el antiguo asentamiento indígena anterior a los incas.

La consecuencia de tal exclusión o separatismo se confina la legislación existente y el esquema jerárquico de castas reproducido en el modelo de ciudad española, el cual se vio conmocionado por la determinación étnica. La ciudad ejercía vocación centralista característico del patrón de asentamiento inca, que se contrastaba con el asentamiento disperso de los señoríos indígenas que se atenían a una lógica de aprovechamiento de recursos (Ibib). De esta forma, desde un primer comienzo existe un “campo” donde se miden fuerzas de centralidad y descentralidad, donde los actores sociales y culturales constituyen un horizonte heterogéneo que marca la historia de la ciudad de Quito.

Cieza de León al referirse a Quito, señala que; *“está asentada en unos antiguos grupos que los Incas habían en el tiempo de su señorío mandado hacer...A estos aposentos tan reales y principales llamaban los naturales Quito por donde la ciudad tomó su nombre y denominación del mismo que tenían los antiguos”*. (Cieza de León citado por Benavides:1989).

Al respecto uno de los aspectos en que concluye Jorge Benavides es que Quito está ubicada en una zona donde hubo presencia humana más antigua, cuando llegaron los Incas poseía un sistema social, político y económico controlado por los señores étnicos, donde el patrón de asentamiento indígena se caracterizaba por ser



disperso. También señala que el asentamiento humano prehispánico se caracterizaba por poner una unidad productiva junto a otra, incluyendo la vivienda. En cambio, los españoles agrupaban las casas unas a otras y separadas de las unidades productivas. (Benavides:1989). Esta situación muestra la diferencia del uso del suelo lo cual marcará la configuración de los asentamientos en la ciudad, además hacer advertir la antigua presencia indígena en Quito y su ligazón a las actividades intercambio de mercancías.

Por otra parte, Quito tenía mucho prestigio cultural, articulada a una connotación regional amplia de la cual los españoles no desligaron la idea de las extraordinarias riquezas.

*“Los indígenas que iban a la ciudad tenían que llevar consigo sus propios alimentos y provisiones, por lo que a petición de los curacas en agosto de 1561, el cabildo les entrego tierras en la ciudad para que pudieran cultivarlas y asegurar sus subsistencia y la provisión de la mano de obra”.* (Moscoso:1989;350).

La presencia de los indígenas en Quito durante el siglo XVI estaba condicionada a ciertas actividades que los españoles desempeñaban en la ciudad, donde los indígenas estaban a cargo de un patrón sin recibir ninguna remuneración a cambio. Uno de los trabajos que debían desempeñar habitualmente los indígenas era el abastecimiento de los alimentos, a bajos precios. Durante este tiempo son preferentemente los indígenas que asumirán las actividades de intercambio y trueque.

*Igualmente el concertaje indígena en la ciudad “permitió retener la mano indígena gratuita o semigratuita pero también constituyó un mecanismo de traspaso de cierto tipo de oficios de manos de los maestros españoles, lo que estimuló, a su vez, el asentamiento de los indígenas en la ciudad.* (Moscoso:1989;353).

De esta manera, se fue configurando la ciudad en torno a la especialización de algunos barrios, donde la condición social determinó la ubicación espacial. En la ciudad se repartían solares a los blancos y mestizos, en cambio a los artesanos e indígenas se les daba en las afueras de la ciudad. También a los pobladores blancos se les daba una huerta en los alrededores de la ciudad (Moscoso:1989).

En 1561 se les entregó a los curacas pedazos de tierras para que los indígenas pudieran permanecer en la ciudad y desempeñar ciertas labores, estos repartimientos fueron en las parroquias de San Blas y San Sebastián. De este modo desde los inicios el cabildo se preocupó por definir el espacio indígena separado del español, surgiendo la necesidad de agruparlos en pueblos de indios o reducciones (Moscoso:1989).

*Lo que ocurrió fue que la “ciudad se convirtió en el punto de contacto de las dos sociedades y en el centro de dominación política y control económico del espacio y mano de obra indígena en beneficio de lo urbano” (Moscoso:1989;356).*

Por otro lado, un aspecto interesante fue que la supervivencia de la ciudad se caracterizaba por una relación de dependencia de los españoles respecto de la población indígena, situación que ocurría principalmente por la falta de autosuficiencia alimentaria y por la falta de conocimiento de los europeos de la sociedad que querían dominar (Salomón: 1983). Los indígenas tenían el conocimiento de los productos alimenticios de la región, por esta razón surgen como los primeros proveedores de la ciudad.

*“Las huertas y estancias de los ‘vecinos’ no podían proveer, desde un comienzo, los alimentos necesarios; el comercio, aunque establecido ya, tenía sus deficiencias por lo que se veía indispensable la presencia de los indígenas en la ciudad con su aporte de productos”. (Moscoso:1989;346).*

En este contexto existía la obligación por parte de los curacas de proveer de alimentos a la ciudad ciertos días. Otro aspecto para tener en cuenta, fue lo que ocurrió con el sector de las y los regatones los cuales en un primer momento eran españoles empobrecidos y mestizos llegados de otras ciudades, que se dedicaban a vender los productos mucho más caros del valor que los adquirirían. Sin embargo, con el sistema de tributo en dinero, se amplió la inserción de los indígenas en el sistema de mercado, los que aumentaron fuertemente su participación como proveedores de productos (Moscoso:1989). A partir de estas ideas se puede concluir que existe una relativa continuidad en los usos de los espacios en la colonia y la anterior historia indígena.

Las modificaciones más importantes del espacio durante el período Inca ocurrieron sobre la base de tres elementos; los mitimaes con fines políticos y económicos; la refuncionalización de los caminos en provecho del Imperio Inca; el establecimiento de un centro ceremonial y residencial en Quito que incluía la corte de señores étnicos. Sobre esa base se fueron constituyendo los barrios de San Roque, San Sebastián y González Suárez en el sector sur de Quito. Lo interesante fue que mucho antes del propio incario estos lugares cumplieron las funciones de sitios de intercambio, mercado indígena, con presencia del “mindala” (comerciantes) y tratantes indígenas. Pero además fueron centros residenciales y ceremoniales de los señores locales, donde se concentraba un poder étnico. En este sentido Quito era;

*“... considerado como un señorío étnico o ‘cacicazgo mayor’, demuestra que esa época anterior a la expansión incaica, su importancia, más política, fue económica y geográfica. Su situación privilegiada transformó a Quito en el centro de una red vial y de un amplio intercambio económico, gracias a su condición de mercado regional. También era la resistencia de una colectividad de indios mercaderes o ‘mindalaes’”. (Borchart y Moreno: 1997;63).*

De este modo, la ciudad ejerció un efecto centrífugo sobre el resto de los poblados, principalmente por el carácter económico que impulsó una movilidad espacial de población indígena y más tarde mestiza. Aunque tanto indígenas como mestizos participaron del comercio de dio desde temprano, en el proceso colonial, una cierta especialización entre unos y otros. El uso del espacio destinado para el mercadeo como también la especialización de los productos va a determinar el carácter e incluso rasgo de identidad que caracterizan a los mercados actualmente. La idea de las vendedoras kichwa de que los indios desde siempre han estado trabajando en el mercado y son los más adecuados para este trabajo, proviene de este proceso.

Antecedentes muestran que una práctica antigua entre los indígenas fue la de hacer sus propios mercados en cada una de los pueblos donde se encontraban, la costumbre era hacer en un pueblo y mañana en otro más cercano, no usaban peso ni medida sino que las transacciones se hacían trocando una cosa por otra. Una descripción de este hecho aparece en una crónica de la época, citada por Eliécer Enríquez en 1938 donde indica que;

*“...como si yo he menester sal doy por ella maíz, algodón, lana u otra cosa que yo tenga, de la cual como tenga su necesidad el que vende, hace su comuta dando uno por otro”* (Crónica de la época citada por Enríquez).

Por otra parte, se puede concluir que la tradición indígena citadina es antigua, ya que desde tiempos de la colonia vivían en poblados alrededor de la ciudad o como sirviente en las casa de los “blancos”. Algunos tenían sus solares, casas, y transitaban por Quito cumpliendo diferentes servicios. De este modo, la presencia indígena en Quito es antigua, también la ocupación de espacios para instalar ferias y todo tipo de mercadeo.

En Quito oficialmente nunca se designó a un determinado espacio para el mercado, el espacio de intercambio en ese tiempo era conocido con el nombre de “tiánguez”<sup>3</sup>. Al principio las vendedoras indígenas y mestizas se ubicaban en la plaza San Francisco pero con el correr del tiempo los tiangueces fueron numerosos y se expandieron por la ciudad, y se constituyeron en lugares propios de los indios para la venta. En los primeros tiempos de la colonia el abastecimiento de la urbe dependía de la producción alimenticia que se vendía en el “tiánguez”, los pequeños productores en su mayoría eran indígenas, pero toda la producción no se encausaba exclusivamente para los mercados (Minchom:1996). Existía una producción doméstica o casera que se complementaba con los productos vendidos en los mercados. El sistema de las distintas formas de aprovisionamiento se describen de la siguiente manera;

*“La ciudad se provee de trigo y maiz de vecinos y moradores que tienen por granjería de labranza; además desto, hay muchos naturales que de ordinario lo traen a vender a su tiánguez que hacen en la plaza de dicha ciudad, donde se hallan las legumbres y frutas que se dan en la tierra. La vaca se proveen de las carnicerías, y carneros matan de ordinario que tienen de su cría... Los conejos, perdices y otros pájaros, y gallinas y huevos, se proveen que los indios los suelen vender en su tiánguez; además que lunes y jueves son obligados de cada a un pueblo de los que para ellos están señalados (traer) los conejos, perdices y gallinas y huevos que les está señalado ... El tocino hace cada uno en su casa, además que de ordinario venden tocino y jamones ... Cecina de vaca la hace el que quiere en su casa, y de venado se halla muchas veces en el tianguetz”.* (La cibdad de Sant Francisco del Quito, 1573, Relaciones Geográficas de Indias; citada por Minchom:1996;201).

---

<sup>3</sup> Término que fue introducido por los españoles y que en idioma náhuatl significa mercado.

Acá se muestra que existía una producción indígena que se encontraba en el tiánguez y que servía como aprovisionamiento para la ciudad, pero además la producción de las casas también cumplía un papel importante en la economía de Quito. Esta situación resulta interesante porque ocurre en la actualidad cuando las vendedoras de San Roque mencionan que traen desde sus comunidades campesinas frutas, legumbres, verduras, huevos y gallinas que son producidos al interior del núcleo familiar.

Según Frank Salomón (1980) los “tianguces” de Quito constituían la base de un intercambio centralizado para los indígenas, es decir, un lugar central para feriar entre los indígenas sin la influencia de los españoles, esta situación da cuenta de la costumbre de los indígenas de tener espacios o lugares propios destinados a los mercados. Al interior del “tiánguez” existían formas que muestran lo antigua que era esta costumbre, por ejemplo cuando Salomón señala las preferencias por el trueque en vez de usar las monedas y también el esquema rotativo de los mercados.

Siguiendo con el tema del asentamiento en Quito, con la finalidad de conocer la forma de ocupación y la delimitación de los espacios, especialmente del barrio de San Roque, se puede apreciar que el patrón hispánico sólo sufrió rupturas durante el siglo XVI debido a que sólo un control de fuerzas entre los poderes locales indígenas e hispanos permitió la coexistencia de dos sistemas de organización del espacio culturalmente distintos (Terán:1992). Posteriormente con el establecimiento de las parroquias urbanas, de San Sebastián y San Blas explica la adaptación de la ciudad a los moldes de asentamiento indígenas. En este contexto era la orden franciscana la que controlaba el accionar de la población indígena de la ciudad. Fueron cuatro décadas en que la dinámica de la ciudad se concentró en torno al trazado español, la plaza mayor y los edificios públicos civiles y religiosos, en el costado sur se concentraba el poder indígena y el norte era el lugar de intercambio. Esta situación cambió entre 1570 y 1590 por la apropiación religiosa del espacio urbano en torno a la plaza mayor. El cordón de monasterios y conventos se constituyó en una fortaleza que resguardaba a la sociedad jerárquica de ese tiempo, en la parte de atrás del cordón se formó un cinturón periférico que se caracterizó por ser un asentamiento indígena – mestizo. Posteriormente en 1763 la ciudad fue dividida en siete parroquias urbanas; El Sagrario, Santa Bárbara, Santa Prisca, San

Marco, San Sebastián, San Blas y San Roque. (Enríquez:1938). De este modo el barrio de San Roque se perfila como un lugar indio y mestizo.

Por otra parte, durante este período en Quito, se produjo un auge textil, asociado a una red de intercambio tanto regional como local, lo que permitió que se consolidara un sector social, económico y político.

Entre los siglos XVI y XVII la población se triplica pero el área edificada no se expande, esta situación favoreció los arrendamientos principalmente por sectores que se dedicaban al comercio. Esta tendencia se mantuvo hasta finales del siglo XVII, en que la crisis textil y demográfica produjo una pauperización de los sectores urbanos. El aumento demográfico junto a la explosión social que introducen los sectores populares en la ciudad tuvo su mayor manifestación en la rebelión de los barrios de 1765. Según Martín Minchom (1996), esta situación se desató porque la Corona española impuso un impuesto sobre las parcelas urbanas, lo que provocó la sublevación de los barrios más afectados por esta medida, debido principalmente a la importancia de las parcelas libres para la economía popular. En cambio en el informe del Cabildo de Quito realizado para el Virrey de Santa Fe sólo se menciona que;

*“... amotinada la plebe especialmente de los barrios, con el pretexto de suponerse ofendida de los europeos, a causa de haber atacado algunos de ellos (...) a fin de cortar los vicios que desde la primera rebelión se practicaban con mayor insolencia y desacato, particularmente de amancebamiento y embriagueces”* (Libro de Cabildos de Quito: Citado por Enríquez:1942;117).

De esta forma, la población de los barrios es vista como una plebe amotinada que sólo se rige por ciertos vicios. La crónica muestra el tipo de imágenes con las cuales son percibidos los sectores populares, tanto mestizos como indígenas, representaciones que surgen ante reacciones populares por la situación social y económica desfavorable. Estos estereotipos siguen reproduciéndose en la actualidad y producen efectos, son los sectores identificados como la plebe los que ocupan la calle para instalar mercados, la imagen negativa que se proyecta en torno a estos sectores, afecta sus procesos identitarios por ser considerados como estratos que cumplen actividades o trabajos inferiores o simplemente “sucios”.

Por otra parte, para algunos autores la ciudad de Quito durante el siglo XIX cumple un papel estructurador de la dinámica urbano – rural y en la programación de proyectos centralizadores que surgen para la nación, aunque en la práctica esta situación se rompe por la contraposición de culturas. Tanto el mundo señorial y la modernidad, desde la formalidad suponen para el desarrollo una hegemonía que excluye a las comunidades y la masa popular urbana identificada como la plebe. Ya en este tiempo se aprecia que el proyecto de la modernidad posee un carácter hegemónico donde ciertos poderes se fortalecieron en la ciudad desplazando a otros, esto se manifestó en el proyecto centralizador, también en una serie de conflictos y situaciones de tensión al interior de la ciudad, especialmente los que tienen que ver con el uso del suelo y la imagen que se quiere proyectar de Quito.

Durante 1830 y 1859 los vínculos políticos y económicos entre regiones del Ecuador se debilitan y fragmentan el territorio, en cambio se fortalecen las formas económicas, sociales y regionales. En el caso de Quito esto incluye a las comunidades cercanas a la ciudad, esta situación favoreció la creación de nuevos círculos de intercambio comercial. Las comunidades cercanas pertenecientes al ámbito rural no quedan aisladas de Quito, sino que existe una conexión que se sustenta principalmente en las redes de migración y de intercambio de productos.

Entre los años 1860 y 1875 el “proyecto Garciano”, promovió un acuerdo entre los terratenientes de la sierra y de la costa, para lograr integrar las haciendas a los circuitos nacionales e internacionales de intercambio. Este proyecto visto desde la actualidad es considerado como teocrático y civilizatorio, ya que buscó incorporar a Ecuador al progreso europeizante, pero esta situación tuvo un sello particular en el sentido, de construir en el caso de Quito una ciudad en que blancos y mestizos e indios conviven cultural y físicamente, pero que se basa en el trabajo forzado del indio, lo que desata constantes rebeliones indígenas (Kingman; Goetschel; Mansilla:1989). Esta situación no fue armónica ni equilibrada, sino contradictoria y excluyente. Durante esa época y la liberal varias obras públicas fueron realizadas sobre la base del trabajo subsidiario de las comunidades indígenas asentadas alrededor del núcleo edificado. También durante este periodo se crean los impuestos a las chicherías, las peleas de gallo y diferentes actividades de los sectores subalternos. Estos impuestos permitieron financiar actividades municipales

(Kingman;Goetschel:1992) De este modo, Quito se va configurando como una zona heterogénea en su composición social y espacial que se encuentra sujeta a un control hegemónico señorial, heredado de una matriz colonial.

Las distintas actividades que comenzaron a desempeñarse en la ciudad fueron plasmándose en edificaciones arquitectónicas como fue el caso del observatorio Astronómico, el Protectorado Católico y la Penitenciaría, de este modo la morfología de la ciudad cambia sobre todo cuando aparecen los parques y avenidas, por lo que la plaza mayor pierde su hegemonía simbólica como lugar de encuentro.

El desarrollo de la ciudad de Quito también se encuentra marcado por un proceso de transición al capitalismo que se inicia a aproximadamente a fines del siglo XIX y que se caracterizó por las modificaciones de la vida social en la ciudad, como el caso de la separación de la iglesia y el estado, eliminación del trabajo subsidiario y el concertaje, cambio de las formas rentistas, desarrollo de las actividades de comercio y manufactura, y el surgimiento de las primeras organizaciones sociales y políticas de izquierda. Lo que ocurrió durante este tiempo fue la tendencia hacia la diferenciación de las actividades y de los sectores sociales en el espacio urbano de Quito, se amplió la economía lo que dio paso a la constitución de nuevos sectores sociales (Kingman:1992). En este tiempo la forma característica de la ciudad fue su compleja actividad económica que repercutió en la disposición de los espacios, por ejemplo el proceso de segregación social del territorio y de aquellos sectores populares que se van ubicando en zonas diferenciadas de la ciudad. Este fue el caso del antiguo barrio de San Roque que fue perfilándose como un lugar ocupado por los sectores populares e indígenas.

La matriz tradicional de la ciudad se quiebra por la tendencia a la creación de barrios separados, desarrollo de vías longitudinales, ampliación de calles. La dotación de los servicios de luz eléctrica y alcantarillado mostró una marcada segregación social y espacial, puesto que solo algunos sectores contaban con estos servicios. A principios del siglo XX aparecen los barrios residenciales de La Alameda, y La Recoleta mostrando nuevas formas arquitectónicas(Ibid).

Un aspecto interesante en la historia de la ciudad de Quito es la noción de Centro Histórico que surge en 1940 y constituye una noción construida o mejor dicho un producto cultural, que se origina en un momento de crecimiento de la población y



de una marcada expansión urbana, aparición de nuevos sectores sociales, replanteamiento de aspectos culturales, condiciones socio económicas y el cambio del rol del poder municipal. También influyó la celebración del cuarto centenario de la fundación de la ciudad, especialmente en el enfoque del primer plan regulador de Quito en 1942 donde se articulan ideas del espacio urbano las cuales no estuvieron exentas de ideologías. El centro histórico comenzó a entenderse en una lectura histórico – cultural específica donde;

*“ una circunscripción de la ciudad es diferenciada en términos simbólicos .... dentro de un proceso de exitosa aceptación general, que en realidad muestra un proceso de exitosa aceptación general, que en realidad muestra un proceso de reacción y de redefinición de los términos de la hegemonía cultural, ocurrido entre los veinte y los cincuenta ” (Bustos:1992;166)*

Lo interesante fue que un grupo social de manera intelectual construye esta noción, según algunos antecedentes el principal propulsor fue el intelectual Jacinto Jijón y Caamaño dirigente conservador que en ese tiempo controlaba el Municipio de Quito. Esta idea también se plasma en la legislación de 1946 donde por el propio Jijón propone una delimitación del Centro Histórico que se extendía por el norte hasta el monumento de Bolívar, por el sur hasta Recoleta, por el Este hasta la calle Pedro F. Cevallos, por el oeste la calle Chimborazo (Ibid). En esta concepción el espacio central fue definido como “ciudad colonial”, compuestas por iglesias y casas coloniales. También terminó siendo un referente material del proyecto nacional conservador de la ecuatorianidad vista como “nacionalidad hispanoecuatoriana”. Estas nociones de Centro Histórico repercuten hasta la actualidad, ideas de limpieza, orden y ornato son las que llevan a la impulsión de la nueva remodelación del Mercado de San Roque.

El siglo XX estuvo marcado por el acelerado crecimiento de la población, sobre todo el sector norte de la ciudad, lo cual implicó importantes cambios en cuanto a segregación espacial de la ciudad y la constitución de nuevas clases sociales. En esta dinámica la ciudad de Quito comenzó a articular una jerarquía que se basa en el simbolismo de concentrar el poder político, religioso y cultural. En este contexto la industria fabril alimentaria al cumplir una función principalmente

económica refuerza la jerarquía urbana y núcleos de concentración de poder, con los cuales los sectores subalternos deben tranzar.

Hacia los años 90 en el centro existe un asentamiento compuesto por sectores residenciales tanto propietarios como de arrendatarios, sectores subalternos; comercio y producción de artesanías, actividades financieras, bancarias administrativas y educacionales (Kingman:1992). Las políticas de renovación urbana implementadas en los últimos años están generando cambios profundos en esta composición, ya que privilegiaron el uso turístico del centro y provocan el desplazamiento de los residentes pobres.

Al interior de la noción de Centro Histórico existe una concepción de orden y limpieza que no se encuentra acorde con la forma de funcionamiento de los mercados tradicionales, los cuales tienen ciertas pautas de funcionamiento por parte de los y las vendedores que se remontan a tiempos de la colonia. Esta situación va afectar en el corto o mediano plazo a barrios como San Roque.

## **2.2 La Ciudad, las vendedoras y el Mercado.**

En medio de todo este desarrollo histórico los mercados juegan un rol importante de abastecedores de la ciudad. Muchos cronistas mencionan que en la sociedad urbana del Quito colonial no industrializado ya existían vendedoras, que para su trabajo se basaban en la inter-relación de la economía campesina e informal. El papel que desempeñaron los indígenas en este periodo, resulta interesante sobre todo a partir de los planteamientos de Martín Minchom (1996), quien señala que en la concepción sobre la división que originariamente debía ser simétrica entre República de Indios y la de los españoles, los indígenas no estaban obligados a pagar la alcabala, impuesto sobre las mercancías. Esta situación permitió que muchas familias indígenas se dedicaran a la agricultura de subsistencia.

*“La existencia de estos varios niveles de abastecimiento y repartición dentro de la economía urbana, que se interrelacionaban y hasta compiten entre sí, explica los repetidos intentos del Cabildo para reglamentar el sistema de mercados”.* (Minchom;1996;199).

Pero ese tipo de dispositivos sólo entrarían a funcionar más tarde. Lo que ocurrió fue que ciertos productos fueron exclusivos de las pulperías, y estaban prohibidos para las vendedoras indígenas y mestizas, las “gateras” y “recatonas” del mercado.

En este contexto la pregunta que surge es ¿Por qué son más mujeres que hombres las que se dedican a la actividad de vender en los mercados?. Para Minchom (1996), esta actividad era familiar y permitía usar al máximo el trabajo doméstico. También este autor se refiere al carácter étnico y selectivo de las imposiciones coloniales: la mita estaba destinada para los hombres indígenas y esto producía entre otras cosas una transformación étnica de indígena a mestizo. Pero en el caso de las vendedoras urbanas la transformación era hacia lo indígena para evitar el pago de la alcabala. La explicación que postula Martín Minchom es factible, pero puede haber otras explicaciones sobre este hecho, como por ejemplo que la feminización de la actividad ocurre porque los hombres se apartan y prefieren dedicarse a otras cosas, ya que consideran a ese tipo de trabajo correspondiente ámbito femenino, o mejor dicho al interior de la división sexual del trabajo es considerada como una actividad propia de las mujeres. Al respecto Marisol De la Cadena () explica que la actividad femenina en los mercados es resultado de una división sexual del trabajo, donde las mujeres traen sus productos desde las comunidades rurales, pero esta actividad es vista por los hombres no como un trabajo, porque lo hacen “sentadas” por lo cual lo consideran como un apéndice de la actividad masculina.

Por otra parte, según Christiana Borchart (2001) la participación activa de las mujeres fue sobre todo en el sector alimenticio y en Quito tal participación se detecta durante el siglo XVI y XVII, ya que Borchart señala que la documentación del siglo XVIII es escasa en lo referente al sector informal del mercado, mientras se

*“menciona con cierta frecuencia mujeres como administradoras y como propietarias de pulperías, fenómeno que se detecta también, en la misma época, en las ciudades de México o Guadalajara”.* (Borchart:2001;170).

Igualmente durante este mismo periodo, el rol de las mujeres en la supervivencia de clases populares urbanas era fundamental. En este sentido, Borchart muestra el papel activo que han tenido las mujeres tanto en la economía formal e informal, situación que proviene desde tiempos remotos y que sólo en el último

tiempo se ha visibilizado a través de algunos estudios. Frank Salomón por su parte, menciona que los mindaláes o mercaderes indígenas formaban una élite de especialistas que residía en Quito. Lo interesante es que Salomón muestra a través de diferentes autores las características con cuales se ha identificado el concepto de mindalá, destacando la connotación femenina especialmente a finales del siglo XVI. Además señala que la connotación de la palabra hoy en día es exclusivamente femenina (Salomón:1980). El concepto está ligado a una práctica que explicaría la alta presencia de las mujeres en las actividades de mercado, situación que caracteriza al de San Roque.

Finalmente uno de los aspectos que no se puede negar es el protagonismo de las y los vendedores, sus testimonios y la memoria de tiempos pasados constituyen y dan forma a las distintas historias en torno al mercado de San Roque, pero no desde una sola visión oficial, sino a partir de múltiples puntos de vista, opiniones y percepciones que surgen desde el presente.

### **2.3 El Mercado de San Roque a partir de la Memoria de las Vendedoras.**

El primer mercado municipal de la parroquia de San Roque fue el que construyó en 1951 el ingeniero Harold T. Smith ubicado en las calles Chimborazo y Rocafuerte, durante la administración del alcalde José Ricardo Chiriboga Villagomez. Para ese tiempo el edificio fue considerado amplio y moderno lo que contrastaba con la forma colonial y republicana de las edificaciones del lugar. Fue bautizado con el nombre de “Mercado Municipal Miguel Chiriboga Bustamante”, entre las características de la obra se destacaban varias entradas para el público, amplias bodegas, parqueadero, en la parte alta 180 puestos para la venta, un comedor popular, sala cuna, servicios higiénicos, una cámara de incineración de basura, en la planta baja un gran frigorífico para la conservación de los productos. Esto llevó a calificarlo como un paso a la modernidad y considerarlo como una de las magníficas obras construidas en la ciudad. (El Comercio 19 de noviembre 1951). Es importante señalar que la construcción del mercado reflejó los criterios higienistas de la época.

Al recurrir a la memoria de las vendedoras ellas mencionan que con el tiempo el primer mercado de San Roque se fue deteriorando y se hizo chico por el aumento

del comercio y de la clientela, fue por esa razón que a fines de la década de los 70 se construyó otro mercado y todas sus actividades fueron trasladadas a este nuevo espacio. El antiguo mercado que una vez fue considerado el más moderno fue abandonado. Posteriormente, por disposiciones municipales las vendedoras de los mercados de San Francisco y Santa Clara se trasladaron a este nuevo mercado de San Roque. (Mafla:1996). En la actualidad la mayoría de las vendedoras del edificio del mercado vivieron el traslado desde el antiguo mercado, a través de algunos de sus testimonios resulta posible reconstruir ciertos aspectos de la historia del mercado de San Roque. De este modo, al interior de este proceso resulta interesante preguntarse cuáles han sido las estrategias desarrolladas por las vendedoras para ocupar el espacio para la venta. Según el relato de Pilar que se define como una vendedora mestiza y que en la actualidad tiene un puesto al interior del edificio, señala que en ese tiempo ellos vendían adentro del antiguo mercado, pero que según contaba su mamá anteriormente vendían junto a una quebrada;

*“... que hoy es la avenida 24 de mayo, entonces vendían en la calle, en la quebrada, ahí decía que vendían en unas casetas y luego construyeron el mercado y le llamaron San Roque, estaba ubicado en la parroquia de San Roque, ahí trasladaron a toda la gente que vendía en la calle al mercado,, pero sin embargo con el tiempo toda la gente que vendía en el mercado proliferaron, muchos comenzaron a vender afuera en la calle”.* (Pilar; Febrero; 2005).

De esta forma, la apropiación del espacio ha sido desde la calle en un estado de informalidad hasta lograr entrar con un puesto estable al interior del recinto; es decir en el momento de traslado al actual mercado de San Roque muchas vendedoras que vendían afuera en el antiguo, pudieron obtener un puesto ya sea en las plataformas o al interior del edificio del actual mercado, pero lo que sucedió fue que a su vez se fue incrementando un nuevo grupo de vendedores en la calle. Esta realidad irá con el tiempo aumentando llegando a una situación de desborde o prolongación del mercado a nuevas plataformas y calles, repitiéndose la misma situación del antiguo mercado.

Al respecto la mayoría de las vendedoras coinciden en que el antiguo mercado Miguel Chiriboga cada vez se fue haciendo más estrecho para toda la cantidad de personas que trabajaba en ese lugar, fue necesario que construyeran otro

mercado más grande para que pudiera entrar la gente que vendía en la calle. Según Pilar en la Alcaldía de Sixto Durán Ballen se empezó a construir el actual mercado de San Roque, en un lugar que antes era una cancha y donde también se encontraba el colegio Central Técnico, una parte del cual desapareció debido a esta construcción. El nuevo mercado fue construido por el año 1979 ubicándose frente al Penal García Moreno. También fue considerado moderno para la época: un espacio amplio con 4 pisos divididos para la venta de diferentes productos.

En la actualidad en el subsuelo se venden choclos, en la planta baja se ofrece ajo, cebolla paiteña y verduras. En el segundo piso se venden comidas, jugos naturales y aguas aromáticas. En el tercero se venden víveres y todo tipo de abarrotes. En el cuarto piso se ubica la sala de reuniones. En la parte de atrás la plataforma 10 de agosto se venden diversas frutas y verduras. Por uno de los costados hay puestos que venden todo tipo de papas y carbón.

Las vendedoras y vendedores que tienen la experiencia de haber estado en el antiguo mercado, como es el caso de Fernando esposo de la señora Pilar, cuenta que sus padres y otros parientes siempre vendieron papas, él recuerda que desde muy niño acompañó a sus padres a vender. Su familia migró desde Latacunga y una vez en Quito se dedicaron a esta actividad; tiene estudios universitarios pero al final decidió seguir con la costumbre de su familia por la venta. Recuerda que por mucho tiempo vendieron en el mercado antiguo y que después se vinieron al actual, eso ocurrió hace 25 años en un día 10 de agosto; también señala que desde ese tiempo los diferentes espacios fueron ordenados por giros de comidas, abarrotes, frutas y verduras, legumbres, papas, carnes, carbón, etc. En un primer momento en el mercado se ubicaron todos los que llegaron del antiguo mercado y también los que vendían en la calle. Con el correr del tiempo, producto de la migración, principalmente de indígenas, el mercado se fue expandiendo cada vez más, las vendedoras ocuparon distintos espacios, por ejemplo donde se encuentran las plataformas, la calle Loja y el parqueadero. Además señala que esta situación con el tiempo ha ido desordenando y dividiendo al mercado por el surgimiento de distintas asociaciones, situación que dificulta lograr acuerdos.

De esta forma, con el transcurso del tiempo el mercado se ha ido transformando, y volviéndose un espacio heterogéneo que involucra múltiples

realidades que van desde situaciones cotidianas a tensiones. Las tensiones se dan entre los espacios delimitados que compiten por la venta entre vendedoras del recinto con aquellas que se ubican en la calle, porque en general está la idea de que venden más las que están afuera.

El espacio de la plataforma o galpón a primera vista parece ser una prolongación del mercado pero después de conversar con las vendedoras, se puede concluir que constituye un espacio delimitado y un campo de competencia intermedio entre el edificio del mercado y las vendedoras de la calle Loja, disponiéndose una suerte de umbral. Este lugar se fue configurando para ubicar a las vendedoras indígenas y mestizas que vendían por la calle en el antiguo mercado, pero las vendedoras fueron especializando este espacio principalmente en frutas y verduras. Tal fue el caso de Antonia que se define como mestiza. En su testimonio menciona que el otro mercado se hizo demasiado chico para tantos vendedores, situación que se resolvió cuando se construyó la plataforma y pudieron ubicarse en un puesto más estable. De esta manera, las vendedoras indígenas y mestizas que vendían en la calle, pudieron tener un lugar techado, situación que mejoraba las condiciones de trabajo en el sentido que las protegía de la lluvia y del fuerte sol de Quito.

*“Era lo que pasaba cuando ya me vine de abajo y vendía en la calle, cuando ya prepararon este mercado, ahí nos vinimos, ahí nos dieron así mismo dentro del mercado, los que están de empleados a ellos le pedíamos de favor, que nos den puestito para sentarnos y aquí unas peleas por los puestos, uno que pelea, uno que se empuja, empuja para allá y así, pero hasta cobijarnos así bien, pero ahora no gracias a dios nada”.* (Antonia; Noviembre; 2004).

En la experiencia de las vendedoras siempre es recurrente el acto, de pelear un puesto, a pesar de que la apropiación del lugar haya sido en forma colectiva. Por otra parte, el permanecer firme en la venta y no faltar al trabajo ha sido una de las estrategias para lograr mantenerse y poder ocupar mejores espacios para ofrecer los productos.

En este mismo lugar vende María, joven kichwa que sólo recuerda el funcionamiento del actual mercado. Al referirse a la historia del mercado menciona que;

*“...han contado que empezaron unas pocas personas que han venido de distintos lugares y ahí empezó a funcionar el mercado. Tenemos una asociación del mercado, funcionan bastantes personas que llevan así .... hay una directiva elegida por los miembros de la asociación, los que llevan a la asociación, está formada por unas personas blanco mestizas. (María; Mayo;2004).*

Ella menciona un hecho que fue característico para ocupar el espacio, que fue la formación de asociaciones, ya que una forma de legitimar los espacios tomados para la venta fue a través de la creación de directivas. De este modo, en el transcurso del tiempo, fueron surgiendo varias asociaciones que para resolver algunos problemas funcionan de forma bastante autónoma, sobre todo en la organización de ciertas actividades.

María por ser de una generación joven de vendedoras, lo que más recuerda de los hitos vividos en el mercado es el aniversario que se celebra cada 10 de agosto desde su fundación. Ante este hecho señala que;

*“...dicen que han tomado en esa fecha el mercado y se como se llama cada año se hace la fiesta por aniversario del mercado de todo viene banda, comparsas, lo que se hace en cada Quito, comida se hace en caldo de gallina, papas con horneado, chichas, licores que toman y de ahí se baila, se hace acá en el rincón esa parte de ahí, es el único que tienen espacios así como este cerrado es el único espacio que tiene el arete”.*(María; Mayo; 2005).

Las festividades pasan a formar parte del recuerdo de la llegada y la apropiación del mercado, sobre todo por parte de las vendedoras que antes vendían en espacios marginales como la calle y ahora tienen un puesto bajo techo.

Otro de los espacios ocupados es la calle Loja que con el tiempo se fue formando con puestos más inestables y al intemperie con vendedoras indígenas, mestizas y negras. La mayoría de las vendedoras que ocupan este lugar son vendedoras que se asociaron para poder ocupar la calle; en el lugar se venden todo tipo de frutas, verduras, granos, condimentos y utensilios para la cocina. Este lugar es el más cuestionado por las vendedoras del edificio y de la plataforma del mercado, porque según ellas es el mejor lugar de venta por la cantidad de clientes que



transitan. En la actualidad la mayoría de los clientes compran en la calle debido a que los productos son más baratos o por un precio se ofrecen más productos.

Las vendedoras de adentro del mercado venden a una clientela que han logrado mantener a través de los años de trabajo. También es importante mencionar que la mayoría de los clientes son mujeres, lo que produce una relación más directa en la compra, el “regateo”, pedir la “yapa” o “fiado”.

En la prolongación del mercado existe un último lugar, el más periférico de todos, que se encuentra en las calles que interceptan a la calle Loja, espacio donde se ubican las “rodeadoras”, vendedoras ambulantes que ofrecen sus productos en canastos, que por las circunstancias en las que venden en pocas cantidades y por lo general un solo producto, son consideradas informales, no están en condiciones de asociarse porque las demás vendedoras del mercado se oponen, por está razón no pueden entrar ni siquiera a la calle Loja, peor a los otros lugares del mercado.

Las “rodeadoras” son todas mujeres, en su mayoría indígenas y migrantes. En la historia del actual mercado aparecen en escena desde su inicio pero en un menor número, debido a esto al principio podían vender ambulantemente por todo el mercado. Con el correr de tiempo fueron aumentando y comenzaron a ser una fuerte competencia, sobre todo porque venden sus productos mucho más baratos que cualquier vendedora. La mayoría de las “rodeadoras” se encuentran emparentadas, hay hermanas, madres, hijas, primas; son grupos que por encontrarse en los márgenes del mercado se ayudan mutuamente, especialmente cuando están cargando sus hijos, se protegen de los ladrones y los guardias del mercado, la red o soporte social basada en el parentesco son los elementos que las mantienen en la venta.

Lucía joven kichwa que “rodea” hace varios años señala que en la calle también han comprado los puestos y que;

*“...ellos siguen una asociación al municipio, ahí pagan una cuota, en cambio uno no se gana mucho de donde vamos a pagar al municipio de donde, por eso nosotras vendemos así ambulantes no más”.* (Lucía; Febrero; 2005).

Los productos que venden son en pequeñas cantidades, por lo general son las frutas que más perduran, manzanas, peras, frutillas y en algunos casos uvas. También

se especializan en uno o dos productos, es decir venden a pequeña escala, lo que repercute en las ganancias e imposibilita poder pagar una cuota al municipio y entrar a formar una asociación.

Las “rodeadoras” son conscientes que la situación en la que se encuentran las mantiene al margen de poder formar una asociación del mercado y de poder lograr tener un puesto estable;

*“Nosotras somos aquí sin documentos...los de adentro tienen organización son varias, es por lugares y por los puestos, por los charoles, aquí hay una asociación, adentro otra y más adentro otra, son varios ahí. Los que venden en la calle ellos ya son fijos, tienen puestos, son asociados esos”.* (Carmen; Febrero; 2005).

Cuando las vendedoras asociadas se refieren a las “rodeadoras” construyen una imagen o estereotipo negativo sobre ellas, principalmente son percibidas como personas que entorpecen la venta, que no son muy higiénicas por ser ambulantes e informales. Debido a esto es que contrataron guardias, para impedir que se movilen por los puestos de la calle Loja y el edificio del mercado, por esta razón es que en la actualidad permanecen sentadas con sus canastos en las aceras esperando que se acerque la clientela:

*“Los guardias no dejan rodear, nos habla, a veces nos golpea y nos quita las cosas, nosotros le damos barato, nos dice y los puestos les dan caro y la gente ... nosotras le ganamos un poco y le vendemos rápido no más”.* (Lucía; Febrero; 2005).

De esta forma la estrategia de las “rodeadoras” siempre ha sido vender barato y no quedarse con nada en el menor tiempo posible, aunque eso signifique ganar poco.

En el transcurso de la historia del mercado se ha mantenido la característica de ser un espacio socialmente estable y esto se aprecia en la existencia de dirigentes de las asociaciones, dueños de puestos permanentes; sin embargo, los vendedores de puestos inestables, las “rodeadoras” y por último los cargadores, que se ha ido conformando con la presencia de migrantes indígenas y mestizos han pasado a ser parte del mundo del mercado.